

ra del Perú. Su conocimiento de la historiografía peruana es particularmente notable y en todos los ensayos el autor indica vacíos, destaca trabajos poco conocidos y sugiere nuevos derroteros. Los estudiantes se van a beneficiar particularmente de los tres textos explícitamente historiográficos o comparativos, aunque en realidad todos los textos parten con un buen resumen del estado de la cuestión.

*Dénle duro* no solo es una útil colección de ensayos, sino también debería provocar un debate (o varios debates) sobre la criminalidad y el autoritarismo. Como el autor destaca en su introducción, son temas con una notable y lamentable relevancia hoy en día. La inseguridad en las calles y la ineficacia del Estado son temas de discusión en todas las mesas limeñas y el primer momento que escucha alguien que viene del extranjero. Los científicos sociales, sin embargo, no han logrado promover una discusión seria sobre estas materias, lo que en mi parecer termina apoyando a las respuestas inmediatistas y exclusivamente represivas (más policías en las calles, por ejemplo). El autor indaga sobre la historia de la tradición autoritaria (allí se siente la influencia de Alberto Flores Galindo): describe las diferentes reacciones de mano dura de parte del Estado o de la sociedad frente a lo que entienden como la falta de control social. A largo plazo, es evidente que no producen los resultados deseados y más bien muchas veces tienen fines electoreros (el caudillo conservador que impone orden, figura reiterativa en la República) o represivos (debilitar grupos “subversivos”). Por otro lado, Aguirre resume distintos esfuerzos reformistas en cuanto al sistema disciplinario —las cárceles sobre todo— que al final terminan fracasando por inercia administrativa, desinterés, o la oposición de grupos interesados. Sus ensayos, entonces, demuestran la complejidad, tal vez la dialéctica, de una sociedad como la peruana, que es a la vez muy autoritaria y permisiva. Sería estupendo (en realidad, indispensable) que un debate sobre la inseguridad actual incorpore estos aspectos históricos.

Los ensayos muestran cómo los prejuicios clasistas y racistas van de la mano con los episodios autoritarios. Aguirre demuestra la larga tradición del autoritarismo en el Perú, sobre todo su reproducción en el hogar, el trabajo, y las instituciones públicas. Donde ha podido indagar más tal vez es en la reproducción de los códigos y prácticas racistas y autoritarios dentro de los sectores populares. El autor evita caer en el argumento simplista de que el racismo y el autoritarismo solo vienen de arriba —del Estado y de las clases dominantes—, pero podría explorar más su reproducción y sus manifestaciones en otros espacios. Es un tema amplio y tal vez sea más justo pedir que otros investigadores, sobre todo los jóvenes, vuelvan a estas interrogantes muy bien planteadas por Flores Galindo y Aguirre.

Dos comentarios finales. Muchos científicos sociales peruanos radican en el extranjero, algunos con carreras des-

tacadas como en el caso de Aguirre (profesor en la Universidad de Oregon). El éxodo siempre se ha visto como una gran pérdida para la vida intelectual peruana. Este libro, sin embargo, demuestra que no se debe exagerar la diferencia entre los que viven aquí y los que viven en el extranjero en cuanto a su contribución a los debates nacionales. Aguirre no solo participa en debates globales sino también trabaja con alumnos peruanos y tiene una notable presencia en la vida intelectual limeña. Este libro es evidencia de este protagonismo en las ciencias sociales peruanas. Finalmente, quisiera felicitar al Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos por haber producido un libro atractivo y bien cuidado. Parece que se acabó la época en que solo las editoriales “grandes” publicaban libros de peso, sobre todo en las ciencias sociales. Como en muchas otras cosas, la producción bibliográfica peruana está avanzando en la descentralización y, con ello, mejora la calidad de los productos. Una excelente noticia para los lectores. ■

Aguirre, Carlos. *Dénle duro que no sienta. Poder y transgresión en el Perú republicano*. Lima, Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos, 2008.



■ **Carlos Aguirre  
y Carmen Mc Evoy  
(editores)  
Intelectuales  
y poder  
Hugo Neira**

Carlos Aguirre y Carmen Mc Evoy, los compiladores del libro con diversos trabajos que vamos a comentar, tienen algo en común. Son gente de sendas carreras universitarias en el ámbito de los Estados Unidos. El primero de los mencionados en la Universidad de Oregon, y la segunda en la University of the South, Sewanee. Ambos son historiadores, aunque de intereses un tanto diversos. El profesor Aguirre ha preferido temas sensibles como la esclavitud o la historia del

castigo: “heridas que no dejan de sanar”, como dice el intitulado de uno de sus libros. ¿Un culto al mejor Foucault? Se me ocurre. Por su parte Carmen Mc Evoy, con no menos vigor, la emprende en los últimos años sobre la guerra del Pacífico, el *homus politicus*, o sea, Manuel Pardo. “La República peregrina”. Es decir, la gente en armas y en letras de la América del Sur de 1800-1884. Pero a lo que voy, ambos tienen una muy buena costumbre. No se quedan anclados en sus respectivas cátedras americanas. Cada cierto tiempo, la verdad que con mucha frecuencia, nos visitan. O sea, arman y organizan estupendos coloquios en Lima donde se cruzan espadas entre especialistas, tanto peruanos como norteamericanos. El fruto de uno de esos encuentros es el libro que de inmediato paso a comentar. Pero habría que, como decía el bueno de Sartre, “situarlo”.

Este trabajo que sus editores llaman colectivo, en realidad se descompone, como en todo libro surgido de un coloquio, en ponencias transformadas en artículos. La organización es sencilla, tiene un carácter diacrónico, vale decir, se inscribe en el suceder histórico. La primera parte sobre la *ciudad letrada* colonial, que por lo visto no fue la taza de aceite que algunos suponen, sino llena de “conflictos y disidencias”. (pp.45-115). La segunda parte son las prácticas culturales e intelectuales en los orígenes del Estado nación (pp.121-221). La tercera parte trata de la construcción intelectual en el Perú moderno. Y la cuarta, titulada *Más allá de la ciudad letrada*, reúne trabajos sobre los intelectuales y las tensiones para diversos sectores sociales (pp.385-510). La parte final es un texto de Jean Franco, incontestable maestra en la materia, sobre la América Latina en la *república mundial de las letras*.

Quiero ahora dedicar este párrafo a las calidades. Los trabajos, todos, están muy bien trabajados, investigados y bien expuestos. No se ha invitado a cualquiera y no hay improvisación. Son sólidas contribuciones, desde el texto de Pedro Guibovich sobre el poder y la pluma, es decir, la censura del *Arauco Domado* de Pedro de Oña (p.47 y ss.), al abordaje de la obra de Pedro de Peralta que emprende Rodríguez Garrido, la de Víctor Peralta sobre Llano Zapata (al fin alguien se da cuenta de que ese fue un inmenso sabio colonial). O el texto de mi colega francés y amigo Bernard Laval sobre los intelectuales de la época colonial, entre *la subordinación y el poder del discurso* (¿solo los coloniales?). Ahora bien, ¿tengo derecho a mis preferencias? Me interesó el trabajo de José Ragas, *Los ideólogos del Leviatán*, Perú, 1791-1876, obviamente, por algún tema y trabajo de investigación mío. Mucho el de Marcel Velázquez sobre *las novelas de folletín*, suerte de utopías y biotecnologías en la Lima del siglo XIX. Mucho lo de Carmen Mc Evoy, sobre *Francisco García Calderón*. La próxima vez, Carmen, mira

mejor la bibliografía existente que sobre ese pensador liberal he escrito largo (Cf. *Hacia la Tercera Mitad*, pp.363-374). Interesante el de Ruiz Zevallos, pero habría que explicar eso del “orientalismo” comparado con el indigenismo. Por estos lares, todavía muy provincianos, Oriente es Iquitos, los chunchos y las charapas. El orientalismo al que se refiere el muy culto Ruiz Zevallos, pero por lo mismo un tanto despistado, hace referencia, si es que no me equivoco, a la postura asumida desde 1980 por el escritor Edward Said desde su tribuna en *The Nation*. Un año antes, Said había publicado su libro *Orientalismo*, donde estudiaba precisamente la genealogía de las ideas occidentales con fuerte prejuicios sobre el Islam. Pero su «orientalismo» no es solo eso. Es una crítica de la manera académica de ver el mundo del Medio Oriente. Es otra cosa, una descolocación física, personal, existencial. En efecto, Edward W. Said, nacido en 1935 en Jerusalén, de madre palestina y padre nacionalizado estadounidense, se radicó en Estados Unidos, donde estudió en las universidades de Princeton y Harvard. Francamente, no veo dónde está la relación con los indigenistas mexicanos o bolivianos. En ellos no hubo “orientalismo”.

Quiero ahora dedicar el párrafo final a lo que no me gusta, o en todo caso, al tipo de enfoque que no comparto. Y no hablo de investigaciones u opiniones, sino de métodos de aproximación a la materia central, es decir, los intelectuales y el poder. Concedamos, los trabajos sobre los intelectuales tienen sus bemoles. No es que no tengan que tratar de los artistas, los narradores, pero el tema en algún momento deja de ser parte de *la ciudad letrada*, y se hace parte de la ciudad política, tanto como cuando se aborda el papel de la gran Banca, la Iglesia o las Fuerzas Armadas. No por azar, todas estas instituciones se inscriben con mayúsculas. Pero raro es el alto militar o el potentado o el eclesiástico que tome la pluma para escribir sobre él mismo. Las corporaciones, las burocracias terrestres y celestes, diría el maestro Max Weber, son discretas. De modo que escribir sobre ellos, los intelectuales, es un poco jalarle la cola al tigre. Su poder, sin embargo, parece modesto, pero no lo es. ¿Por qué no lo es? Porque son a la vez parte del saber pero también del poder. Del poder simbólico (Bourdieu) y del poder político (Weber, Dahl, Sartori).

Cuánto lo siento. Ya hice intervenir de rondón, en *la ciudad letrada*, dos excluidos. Los filósofos, y con ellos los maniáticos de los epistemes, las definiciones previas y claras, entre las cuales me cuento, sin ser filósofo, o lo que por esto se entiende. El segundo grupo de excluidos son la gente de ciencias sociales. Dicho de otra manera, los estudios sobre los intelectuales no son simples historias de narrativas, ni es historia de las ideas o de las mentalidades, ni es únicamente sociología de las formas de la producción del saber o de

su deformación. Para qué andarnos con paños tibios: son estudios sobre el poder. Los intelectuales peruanos (pero también los mexicanos, los bolivianos, todos) han sido a lo largo del siglo XIX y del XX ambas cosas, la crítica sin duda del mundo (de lo contrario, no serían intelectuales) pero también la ambición de las armas. Y esto, como se sabe, no es metáfora.

Me quedan dudas de un uso tan extendido. ¿Intelectuales? ¿En el período colonial? ¿Realmente? En los cursos de Raymond Aron aprendí que esa noción solamente es aplicable a un cierto grado de modernidad, en la cual se respeta al productor de la crítica, y esto como gesto de tolerancia por parte de la clase dirigente. Lo que implica un grado de paz social que nos faltó a lo largo de los tiempos modernos y contemporáneos, y que nos sigue faltando. Ahora bien, el único trabajo que hace alusión al papel vicario del intelectual es el de Carlos Aguirre y por eso lo felicito. Vicario: el que sufre por lo demás. *El pensamiento entre rejas*, o en el exilio, fue moneda común de esos años, la normalidad de esos tiempos. A prisión fueron a dar en el Perú desde el joven Basadre hasta el escritor José María Arguedas, y centenares de apristas y comunistas en la guerra civil no confesada que es nuestra historia de 1931 a 1956. Un poco de sinceridad en la materia en el mundo académico americano no nos vendría mal. Un tanto como la practican los especialistas sobre la guerra civil española y sus relatos.

Por lo demás, los intelectuales que, como señaló Tocqueville, se hacen cargo de las “pasiones generales”, viven hoy de manera menos agitada. Pero todavía muchos oscilan entre el poder y el saber. ¿Y eso qué es? Es otra cosa. Lo que Aron prefiere llamar *intelligentzia*. En cuanto a los que pensaron en tiempos coloniales, y como sus pares ibéricos tuvieron propuestas barrocas (Avendaño, Llano Zapata, Olavide), prefiero llamarlos, por mi lado, “arbitristas”. Es el término mientras permanecieron dentro de lo que llama Eliot «el orbe ibérico». Pero en fin, el tema es arduo, complejo, decisivo. Hay que proseguir. Ellos, arbitristas coloniales, ambiciosos y dramáticos actores del pensamiento y de la acción (*intelligentzia*) o intelectuales modernos, sin necesidad de asumir los cargos legítimos del poder democrático pero ocupándose del tema del poder, ocupan un singular entramado social. Habrá que redescubrir sus prácticas y metas. Como grupo, cosa que no agradecerá a muchos de ellos, son gente interrelacionada de manera triple. Con el lenguaje, arma de su poder (o el cine, el teatro, las *mass media*), con los diarios o con la universidad. Y con el mismo poder formal legítimo. Están entre el sintagma y el paradigma de vida. Son los *dominantes dominados* de Bourdieu. Los *apocalípticos integrados* de Eco. Viven en varios mundos a la vez, como lo vio clara-

mente Marshall Berman. Tienen la mejor titularidad, que no es ni el dinero ni el trono, sino esto que estoy haciendo: el uso de la palabra. Escrita u oral. Y con ella, las trampas del oficio. Están del lado de las fuerzas antihegemónicas para intentar montar nuevas distinciones. Pero casi siempre trampeamos, somos juez y parte. Sobre todo en el Perú, donde casi no hay crítica política universitaria al Estado (salvo casos singulares como por ejemplo Martín Tanaka). Pero hay otro camino, la distancia para que se produzca el discurso sociológico, que, como decía Bourdieu, acaso sea el menos ilegítimo de los discursos porque al menos demuestra que son ilegítimos los de los demás. En fin, el tema pide a gritos vencer la esclavitud de los departamentalismos universitarios. Por un coloquio interdisciplinario, doctor Aguirre, doctora Mc Evoy. Desde fuera de la *ciudad letrada*, acampando entre los bárbaros, espero su respuesta. ■

Aguirre, Carlos y Mc Evoy, Carmen. *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (s. XVI-XX)*. Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto Riva-Agüero, Universidad Católica del Perú. 2000.



■ **Alberto Flores Galindo**  
**Obras completas**  
**Tomo VI**  
**Miguel Ángel Shameshima**

Un libro recopilatorio de artículos de hace veinte años generalmente, con la lucidez de la distancia, tiene la virtud de explicarnos aspectos de otra época. Sin embargo, en algunos pocos y afortunados casos, como el del historiador Alberto Flores Galindo, por su claridad, los análisis siguen vigentes y las preguntas siguen abiertas. Estamos hablando del sexto tomo de sus obras completas, que pre-

senta artículos publicados desde 1983 hasta su temprana desaparición en 1990.

En sus más de 50 escritos aparecidos en medios especializados y masivos como las revistas *El Caballo Rojo* o *Márgenes*, apreciamos que su preocupación por el pasado se dirige a entender y modificar el presente. Encontramos la construcción continua de un pensamiento y una forma de trabajo siempre dinámicas.

Un intelectual construye la figura de sus referentes en sí mismo. De ahí las continuas búsquedas que hace Flores Galindo en historiadores como Ruggiero Romano, quien interpretó lo andino en el contexto de su Italia natal, o el cubano Manuel Moreno Fraginals y sus estudios sobre los cambios en su país a lo largo de la explotación azucarera. Lejos de las endogamias de la nacional, encontramos un interés por revisar el mismo origen del marxismo, su evolución y multiplicidad, así como visiones de la historia como disciplina de otros procesos (“El despotismo en la historia”).

Con esta visión amplia, postula la necesidad de recoger los hechos cotidianos y las esperanzas de las mayorías, para solo así construir una historia colectiva. Por ello, la enseñanza de la historia debe apelar a la masificación del conocimiento. De ahí quizá su elogio a libros como *La Historia del Perú y La Colonia*, de Pablo Macera, textos escolares que siguen esta línea y que hoy han desaparecido prácticamente.

En estos artículos, deudores o complementos de sus libros, cuestiona siempre el lugar común, la verdad dada por sentado, lo estático. Incorpora los pequeños detalles, esa microhistoria de la que hablaba Carlo Ginzburg. Apela a romper las lógicas tradicionales de clase, como lo hiciera en su primer libro *Los mineros de la Cerro de Pasco 1900-1930. Un intento de caracterización social* (1974), así como en «Los mineros de Morococha: la búsqueda de una identidad», cuestiona la identidad fija de estos trabajadores como obreros, al mostrar un proceso identitario dinámico: sus empleos en la mina eran temporales, luego regresaban a ser campesinos.

Si bien niega, cual visionario, que la regionalización sea solo un proceso político legal, apela a la construcción de nuevas identidades regionales en base a una revisión de su historia, tal como lo planteó en 1977 con su libro *Arequipa y el sur andino. Ensayo de historia regional. Siglos XVIII - XX*. Su idea es revisar lo que fue más que lo que debe ser, como apreciamos, por ejemplo, en “La sierra central durante la Independencia”, “Región y conflictos sociales: Lima y Cusco en siglo XVIII” o “Las revoluciones tupamaristas: temas en debate”.

En este proceso de construcción de heterogeneidades es necesaria la pasión. Flores Galindo ve al socialismo como una actitud vital e intelectual, como lo rescatara en *La agonía de Mariátegui* (1980), libro donde define *agonía* en el sentido de la búsqueda apasionada del Amauta y que encuentra en varios de estos artículos un correlato perfecto.



Otro punto importantísimo es la lucha contra el autoritarismo, al cual considera una tradición local incluso prehispánica. Revisa estos desarrollos en figuras mesiánicas, así como la visión de la utopía andina, basada en el pasado: una cultura incaica imperial, solidaria, eminentemente campesina y andina, unida solo bajo la figura de un líder. En realidad, Flores Galindo nos cuenta una época prehispánica fragmentaria, de múltiples tensiones, bastante lejana a los purismos que apelan a un caudillo. Varios de estos artículos complementan su libro mayor, *Buscando un Inca* (1986).

Y es que para construir una utopía se debe coger lo posible y positivo de nuestras tradiciones pasadas para volverlas viables en el presente, mirando al futuro. Esa es su conclusión para empezar un trabajo trunco: revisa la biografía de Arguedas paralelamente a la evolución de la sociedad peruana, que va hacia un mestizaje complejo y doloroso que, sugiere, motivó incluso el suicidio de este escritor.

Queda señalar que se mantuvo atento y crítico a su contexto académico y político. Revisa con sentido crítico la etnohistoria desde John Murra y Franklin Pease hasta María Rostrowsky (la edición incluye un oportuno índice onomástico). Asimismo revisa con actitud crítica la postura y acción de la izquierda y el socialismo en el Perú frente al auge de una derecha que considera carente de ideas. La opción intelectual de Flores Galindo es construir un socialismo popular peruano.

Preocupado por su tiempo caótico, dedica importantes líneas a analizar el desarrollo de la violencia por el conflicto armado interno, denunciando los abusos de ambos bandos e intentando enlazar lo que sucedía con la historia pasada, buscando, como siempre, la matriz estructural de la violencia.

Aunque Flores Galindo ya no esté con nosotros, su búsqueda no tiene fin. Nos deja un bello testimonio en “Reencontremos la dimensión utópica. Carta a los amigos”, suerte de despedida personal y emotiva donde sigue instando a construir un mundo nuevo. Una búsqueda apasionada como él quería, positiva, articulando personas, culturas y discursos para tener un futuro común. ■

Flores Galindo, Alberto. *Obras completas. Tomo VI*. Lima, Casa de Estudios del Socialismo, SUR, 2007.